

2. SUPERAR EL PATRIARCADO

Manu Andueza (B)

Dice Boaventura de Sousa Santos que el mundo está regido por tres elementos que nos dominan: el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado. Y creo yo que en nuestra escuela también se dan estas tres formas de poder y de entender el mundo y que hay que cambiarlas. La primera es evidente. Basta ver la lectura de la economía y de la historia que hacen la mayoría de los libros de textos.

El colonialismo también. Entender el mundo desde la centralidad del norte y con una mirada de dominio y control sobre el resto. Es tan evidente que ni nos cuestionamos saltarnos la declaración de los derechos humanos. Lo justifican nuestras necesidades, pero mientras obligamos a otros a cumplir normas menores. ¿Y el patriarcado...? Pues sí, nuestra sociedad y por ende la escuela se fundamentan en el patriarcado. Y lo afirman los acontecimientos que hemos vivido últimamente. A pesar del rebrote feminista, uno de los movimientos sociales más importantes e interesantes de la actualidad, proliferan luchas, manifestaciones, pensamiento... Me gusta seguir algún blog sobre el tema (algo que debería entrar más en la escuela). Por ejemplo, el blog de una amiga que podéis encontrar en Internet bajo el nombre de la lente violeta.

Hay que trabajarlo en nuestras escuelas: ¿cómo presentamos el papel de la mujer y su pensamiento? En todos los ámbitos encontramos mujeres interesantes que estudiar y analizar: en literatura, por ejemplo, Chimamanda Ngozi Adichie; en economía Amaia Orozco; en filosofía Marina Garcés; en política Ada Colau... y así podríamos seguir en todas las facetas de la sociedad y de las asignaturas escolares. Ver el mundo desde esa otra perspectiva no patriarcal, desde una lente violeta, tal vez nos ayude a tratar a las mujeres y a los hombres de otra forma. Es fundamental. Lo que vivamos en la escuela nos ayudará después en nuestras relaciones sociales. Lo que no vivamos, o lo vivamos desde



estereotipos concretos, nos imposibilitará para entender muchos aspectos.

En sexo, afectividad, trato igual de género, respeto a diferentes identidades sexuales hay dos puntos fundamentales para potenciar y trabajar en la escuela. Sirven también para otros aspectos, pero en éste no pueden faltar y hay que potenciarlos fuertemente. Primero, la empatía. Ponernos en el lugar del otro. Intentar entender de verdad qué vive, qué pasa, cómo le afectan las cosas.

Recuerdo una anécdota que viví hace años. Tendría unos 19, y estaba haciendo un voluntariado en la cárcel. Éramos unos cuantos, chicos y chicas. Recuerdo que un preso tocó el trasero a una de las chicas. Y esta se enojó mucho. Después fui a tranquilizarla, y le dije: tranquila, no te preocupes, no ha estado bien, pero no ha sido tan grave, solo te ha tocado el trasero. Ella me miró y me dijo: ¿no entiendes nada, verdad? Y tenía razón. Si nos parece normal, no hemos entendido nada. La empatía



nos une con el segundo punto. Es la dignidad. Dignidad de todas las personas. Reconocimiento y valoración de cada uno y de cada una como el elemento más sagrado de este mundo. Y ya sabemos que, ante lo sagrado, lo que toca es descalzarse y permanecer en silencio. No podemos trabajar con lo relacionado con la sexualidad, en todas sus vertientes y facetas, sin la empatía y la dignidad. Sólo así entenderemos la inmensa gravedad de un ataque sexual – y entenderemos el problema real tras el caso de “la manada” y tantos otros. Sólo así valoraremos por igual – y dejarán las mujeres de cobrar menos por el mismo trabajo, y las pensadoras se estudiarán en las escuelas con el mismo interés o más que los varones. Sólo así respetaremos las vidas que hay detrás de las diferentes identidades sexuales – y Rosa será Rosa independientemente de que necesite afeitarse cada día. Sólo lo podremos hacer desde una escuela inclusiva, que supere el patriarcado tan metido en nuestro ADN cultural y social.



3. MALA COSA EL SILENCIO

Juan S.M. (AV)

Nunca hemos sido capaces de disciplinar el sexo mediante el silencio, aunque lo intentamos. Decimos ‘tabú’ por decir algo. Por eso nos hemos dotado de un repertorio de discursos históricos, psicológicos, médicos, pedagógicos, teológicos... para aproximarnos a este fenómeno social. Vale. Pero el sexo siempre ha estado ahí, de un modo intempestivo, extraoficial, anárquico, revolucionario. Todos llevamos una *contabilidad extracontable* con la que nos manejamos en la intimidad. Para decirlo de un modo claro: yo mi primera polla erecta la vi empotrada en una cajonera de 2º ESO mientras la profesora explicaba el *past perfect*. Boom, ahí estaba, completa, a menos de un metro de distancia. Supongo que a esto se refiere la periodista **Judith Levine** en su obra *Harmful to Minors (Perjudicial para menores. Los peligros de proteger del sexo a los niños)* cuando distingue el discurso Oficial sobre el sexo, de Otro discurso extraoficial “mucho más excitante y explosivo, que viene de abajo”. Siempre he especulado con una adolescencia hiperhormonada dotada de medios y tecnología punta. Ella está aquí, pero tú ya no. ¿Lástima?

Veamos.

Vivimos en un mundo hipermediatizado. **Sherry Turkle**, del famoso *Instituto Tecnológico de Massachusetts*, explica en *La vida en la pantalla: la construcción de la identidad en la era de Internet* cómo una chica (13 años) le cuenta que prefiere iniciarse y experimentar sexualmente *online*, porque en persona sus compañeros no se muestran tan locuaces y van directos al toqueteo, mientras que en la red están obligados a expresarse. – ¿Y tú dónde? ¿cómo te informas sobre sexo?, le pregunta la presentadora a una joven de un pequeño pueblo del medio rural. “Tengo 82 canales en la tele” y 15 años. Ya no es que las diferencias entre sexo virtual y real sean confusas, es que el sexo virtual es real, es sexo en estado puro. El medio era el *masaje* ¿no? Pues eso.

Estas cosas ocurrían en 1998. Mis alumnos de 4º ESO aún no habían nacido. Ni *smartphones*, ni